

de tanto infortunio y desgracia, si antes miraba como afrentosa la entrega de su persona, mudaba ya de parecer y empezaba alentado á abrir su corazon á la esperanza; cuanto en aquel mismo punto llegó Pausanias con mil soldados entre infantes y caballos, y cercandó con ellos repentinamente á Demetrio, dió orden á los demas de retirarse, y á él sin presentarlo á Seleuco lo condujo al Quersoneso de Siria. Allí, fuera de haberle puesto una fuerte guardia, en lo demas la asistencia, la comida y cuanto podia necesitar para su comodidad, le iba diariamente de parte de Seleuco; quien le hizo señalar ademas sitios amenos para recrearse y pasearse, y aun parques para la caza. Era tambien permitido á sus amigos y camaradas ir á verle; y de parte de Seleuco le visitaban igualmente algunos, llevándole mensajes halagüeños que le dieran confianza, haciéndole entender que todo se arreglaría entre ellos á satisfaccion tan pronto como llegara Antioco con Estratónice.

Demetrio, constituido en tan infeliz estado, escribió al hijo y á sus caudillos y amigos residentes en Atenas y en Corinto que no dieran crédito ni á sus cartas, ni á su sello, sino que como si hubiera muerto, tuvieran en custodia las ciudades y cuanto le pertenecia para Antígono. Este, cuando supo la cautividad del padre, la sintió con el mayor dolor, se vistió de luto, y escribió á los demas Reyes y al mismo Seleuco haciéndoles ruegos, ofreciendo darles cuanto le quedaba, y mostrándose pronto á entregarse en rehenes por la libertad del padre; y á estas súplicas acompañaban las de muchas ciudades y personas poderosas, á excepcion de Lisimaco; el cual envió quien ofreciera crecidas sumas á Seleuco porque diera la muerte á Demetrio. Mas Seleuco, que ya lo miraba mal, con esto aun lo tuvo por mas abominable y bárbaro; pero reservando á Demetrio para su hijo Antioco y para Estratónice, á fin de que la gracia fuera de estos, iba prolongando el tiempo.

Demetrio, ademas de haberse resignado desde luego con tranquilidad á aquella malaventura, se acostumbró fácilmente despues á la vida que se le precisaba á llevar; y aun que al principio hacia algun ligero ejercicio corporal, ca-

zando ó paseando, poco á poco se fastidió y cansó de él, y se entregó del todo á banquetear y jugar, pasando en esto la mayor parte del tiempo; bien fuese por huir de las reflexiones que hacia sobre su suerte en los ratos de cordura y vigilia, tratando de ofuscar de intento sus pensamientos con la beodez; ó bien por haberse convencido de que, siendo aquella la vida á la que le llamaba su carácter, y la que ya antes habia deseado y seguido, neciamente y por una gloria vana se habia desviado de ella para causarse á sí mismo y causar á otros las mayores inquietudes y pesadumbres, mientras buscaba en las armas, en las escuadras y en los ejércitos el bien, que ahora sin esperarlo habia encontrado en el ocio, en la quietud y en el descanso. Porque al cabo ¿cuál otro puede ser el término de la guerra por los miserables Reyes, torpe y malamente engañados, no solo por ir en pos del regalo y del deleite, en lugar de seguir la virtud y la honestidad, sino porque ni siquiera saben gozar verdaderamente de los placeres y de las delicias? Demetrio pues al cabo de tres años de estar en aquel encierro, con la desidia, con la plenitud de humores y con el desarreglo en la bebida llegó á enfermar, y murió á la edad de cincuenta y cuatro años; y Seleuco, demas de haber sido muy censurado, él mismo tuvo grande disgusto y arrepentimiento de haber entrado en sospechas contra Demetrio, y no haber sabido imitar á Dromicaibe, que con ser Tracio y bárbaro, trató tan humana y regiamente á su cautivo Lisimaco.

Su entierro vino á tener tambien un aparato propiamente trágico y teatral, porque su hijo Antígono, luego que tuvo noticia de que se le enviaban las cenizas, movió con todas sus naves, y salió hasta las islas á recibirlas; y cuando le fueron entregadas, puso en la galera capitana la urna, que era toda de oro. Las ciudades á donde arribaron ciñeron de coronas la urna, y dispusieron que ciertos ciudadanos vestidos de luto acompañaran la pompa fúnebre. Dirigióse la escuadra á Corinto, y desde luego se descubria en la popa la urna adornada con la púrpura y diadema reales, y custodiada por una guardia de jóvenes armados. Jenofanto, que era entoncees el flautista de mas crédito, estaba sentado allí

junto, y tañia el aire mas lúgubre y sagrado ; y moviéndose á su compás los remos, resultaba un ruido con cierta modulacion semejante al que hay en los duelos cuando en los intervalos de la música se oyen los lamentos y gemidos ; pero sobre todo el ver á Antigono tan afligido y lloroso, fue lo que mas contristó y movió á compasion y lástima á todo el inmenso gentío que habia acudido á la orilla del mar. Hechas que le fueron en Corinto magníficas exequias, poniendo nuevas coronas en la urna, llevó Antigono á depositar aquellos despojos á Demetriade, ciudad que tomaba de él su nombre, y que habia sido fundada de muchas aldeas á las orillas del seno llamado Yolquico. La familia que dejó Demetrio fueron Antigono y Estratónice de File, dos Demetrios, el uno á quien llamaron el Flaco, de una mujer de Ilirio, y el otro que quedó reinando en Cirene, de Tolemaida ; y de Deidamia Alejandro, que pasó su vida en el Egipto : diciéndose que tuvo ademas de Euridice otro hijo llamado Corraho. Descendió por sucesiones, reinando su linaje hasta Perseo, que fue el último, bajo el cual los Romanos subyugaron la Macedonia. Concluido ya el drama trágico del Macedonio, tiempo es de que pasemos á la representacion del Romano.



### ANTONIO.

El abuelo de Antonio fue Antonio el Orador, á quien por haber sido del partido de Sila dió muerte Mario. El padre, llamado Antonio Cretico, no fue tan ilustre y recomendable en la carrera política ; pero era hombre recto y bueno, y muy liberal y dadivoso, como de uno de sus hechos se puede colegir. Porque como no fuese muy acomodado, y por esto su mujer le contuviese para que no usase de su carácter generoso, sucedió una vez que uno de sus amigos llegó á pedirle dinero ; y no teniéndolo, mandó al mozo que le asistia que echando agua en un jarro de plata se le trajese. Trájolo,



ANTONIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO